

# Vidas UTS

## ENTRE LUCES Y SOMBRAS: EL RESPLANDOR DE LA SUPERACIÓN

Por: Hernán Dario Castillo Quintero  
Julio 5- 2023



Julián Darío Rodríguez Navas es el primer Tecnólogo ciego en el programa de Contabilidad Financiera, graduado de las Unidades Tecnológicas de Santander. Su logro es un testimonio inspirador de la dedicación y del apoyo recibido para alcanzar sus objetivos. Además, ha desempeñado un papel fundamental en la implementación de cambios para mejorar los procesos de inclusión de estudiantes con discapacidad visual en la institución. Esto demuestra su compromiso con la igualdad y su labor en la promoción de la inclusión en todos los ámbitos.

Julián Darío nació en Piedecuesta en el año 1984. Su madre, la señora Trinidad Navas, tuvo un embarazo sin complicaciones, y al nacer, el bebé disfrutaba de una visión normal y saludable. Sin embargo, a los dos años de edad, comenzó a presentar una sintomatología atípica, manifestada en sed excesiva, consumo constante de líquidos, aumento en la frecuencia de orina, sensación continua de hambre, cambios en su estado de ánimo, y ansiedad. Ante estas señales, sus padres decidieron llevarlo al médico, quien le ordenó realizarse, un examen especializado de glicemia. El diagnóstico, arrojó indicios de que el niño era diabético, por lo que se le

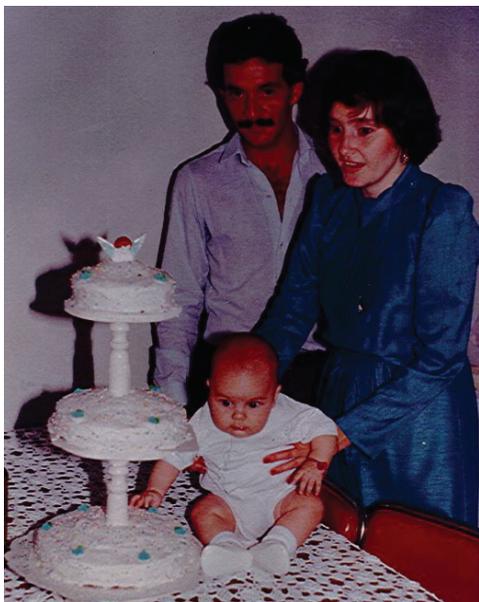
administraron de inmediato medicamentos y se le brindaron tratamientos adecuados.

Teniendo en cuenta esta situación, su padre reveló que había antecedentes familiares de esta enfermedad, lo que indicaba que Julián Darío había heredado una predisposición genética a la diabetes.

Sin embargo, debido a la inexperiencia, ingenuidad, y desconocimiento de sus padres sobre la condición médica, así como la influencia de consejos populares, y costumbres que sugerían tratamientos alternativos, como rezos, hierbas, baños, entre otras opciones de esta índole, decidieron suspender los medicamentos para su hijo. Esto tuvo una drástica consecuencia, ya que pocos días después de interrumpir las medicinas, Julián Darío sufrió un coma diabético, al sobrepasar los altos niveles de glucosa en la sangre. Como resultado, tuvo que ser hospitalizado, siendo esta la primera de muchas estancias clínicas a lo largo de su vida. Esto marcó el inicio de la diabetes como una condición crónica en la vida de Julián Darío.

Antes de los tres años de edad, Julián Darío se convirtió en un paciente

insulinodependiente. El médico prescribió a Julián Darío, la aplicación de insulina de tres a cuatro veces al día, con el fin de regular los niveles de glucosa en su sangre. Este proceso fue novedoso para sus padres, quienes tuvieron que aprender a administrar las inyecciones en el abdomen, alternándolas en las piernas o los brazos, además de realizar pruebas regulares para monitorear los niveles de glucosa.



Julián Darío en la celebración de su bautizo, junto a sus padres Darío Rodríguez y Trinidad Navas. Fotografía 1985.

La familia se adaptó a brindarle a Julián Darío una dieta nutritiva y equilibrada, excluyendo fritos, grasas, harinas, dulces y otros alimentos perjudiciales para su salud. El objetivo era mantener un adecuado control de su enfermedad y promover en él, hábitos alimenticios saludables.

La vida de los Rodríguez Navas se desarrolló en varios lugares del departamento de Santander y de Colombia. Los primeros años de la infancia de Julián Darío transcurrieron en su ciudad natal, Piedecuesta, donde disfrutó de la cercanía de su familia materna. Sin embargo, debido a la formación técnica, y experiencia laboral en administración de fincas cafeteras que había adquirido su padre, surgieron diversas oportunidades y

decidieron trasladarse a Matanza, en busca de un cambio en su estilo de vida. Después de un breve período, el padre de Julián Darío decidió explorar otras opciones y regresar a su departamento de origen, Antioquia. A pesar de sus expectativas, una vez adaptados al nuevo entorno, optaron por mudarse nuevamente al departamento de Cundinamarca por razones laborales. Después de experimentar diferentes lugares, la familia Rodríguez Navas tomó la decisión de regresar a Matanza, específicamente al corregimiento de Santa Cruz de la Colina.

Fue allí donde finalmente establecieron su hogar en una finca que adquirieron, dedicándose principalmente a las labores de la siembra del café, mientras también alternaban su residencia en el área urbana de Piedecuesta.

Durante todo este tiempo transcurrido, Julián Darío creció comprendiendo y aceptando su condición como enfermo diabético. Su familia lo apoyaba y atendía de la mejor manera posible, asegurándose de mantener los cuidados necesarios, aunque él confiesa que a veces se permitía algunos deslices. Julián Darío comentó: «cuando era niño, como enfermo diabético, sentía ansiedad por comer lo que no estaba permitido. Buscaba la manera de disfrutar de alimentos dulces y hacía travesuras para lograrlo. Mis hermanos solían decir que contrabandeaba dulces y panela en la casa. Lo que más me encantaba era degustar un cóctel de "Pony Malta con Chocorrano"».

Julián Darío, a veces creía que ciertos desórdenes alimenticios no afectarían su salud, pensando que podía disfrutar de dulces sin consecuencias negativas. Esto se debía en parte, a su activo estilo de vida, ya que se destacaba como jugador de fútbol y practicaba deporte regularmente. Sin embargo, cuando sus niveles de glucosa se elevaban, experimentaba de inmediato algunos síntomas como: fiebre, fatiga, sed

intensa e irritabilidad. Estos signos le recordaban la importancia de cuidar su condición diabética y mantener un equilibrio nutricional.

En el año de 1999, Julián Darío comenzó su noveno grado de educación básica secundaria en el colegio "Humberto Gómez Nigrinis", ubicado en el municipio de Piedecuesta. Infortunadamente, desde un par de años atrás, antes de 1999, diversos grupos armados ilegales habían incursionado al municipio de Matanza. Estos grupos subversivos, actuaban con intensidad en el corregimiento de Santa Cruz de la Colina, ejerciendo hostigamiento sobre los campesinos de la región, lo que obligó a la familia de Julián Darío a abandonar su finca y dejarla a la deriva.

El señor Darío Rodríguez, padre de Julián Darío, era un líder social en la zona. A pesar de ser un desplazado por la violencia, mantenía la esperanza, en que de alguna manera pacífica y a través del diálogo, se podrían recuperar las tierras, en las que había trabajado arduamente durante años, con el esfuerzo de sus propias manos y el sudor de su frente. Realizó varios viajes a Santa Cruz de la Colina para obtener información sobre la situación, pero en uno de esos viajes nunca regresó a casa. Después de una exhaustiva investigación, las autoridades determinaron años más tarde, que la desaparición forzada de su padre, fue resultado de la acción de un grupo armado guerrillero.

A partir de este momento, la señora Trinidad Navas, asumió la responsabilidad de ser madre cabeza de hogar. Su principal objetivo, era garantizar el sustento de sus cuatro hijos, y asegurarse de que pudieran completar, los estudios básicos.

En el año 2001, a pesar de las dificultades presentadas, Julián Darío se graduó como bachiller, obteniendo además, una carrera técnica en contabilidad. Durante este

tiempo, los exámenes de glucosa en la sangre a los que se sometía, arrojaban resultados dentro de los parámetros normales, lo cual indicaba que estaba cuidando adecuadamente su salud. Sin embargo, los médicos enfatizaban constantemente, en la importancia de seguir el cumplimiento de una dieta estricta, continuar tomando los medicamentos recetados y mantener una rutina regular de ejercicio físico.



Tercero de izquierda a derecha, Julián Darío con los compañeros de undécimo grado, colegio "Humberto Gómez Nigrinis" de Piedecuesta. Fotografía 2001.

Julián Darío siempre había tenido claro su deseo de continuar con sus estudios, y uno de sus sueños era cursar ingeniería de petróleos. Sin embargo, sus resultados en las pruebas ICFES no fueron suficientes para lograrlo, y la posibilidad de estudiar en la universidad pública UIS, se le negaba. En ese momento, el SENA abrió una convocatoria para certificar a personal con el título de asistente contable. El requisito establecido por la institución, era haber cursado previamente una carrera técnica en contabilidad. Julián Darío cumplía con el perfil establecido por el SENA, por lo que decidió aprovechar esta oportunidad y se inscribió. Al mismo tiempo, estudiaba y también trabajaba en un negocio de comidas familiar.

Gracias a su nueva formación, en el año 2002 tuvo la oportunidad de ingresar a trabajar en una cooperativa, desempeñándose como

auxiliar contable. Esta experiencia le brindó un mayor conocimiento y desarrollo en su campo profesional, acercándolo cada vez más a su pasión por la contabilidad.

En el año 2003, Julián Darío se matriculó en la jornada nocturna de las Unidades Tecnológicas de Santander, para estudiar el programa de Tecnología en Contabilidad Financiera. Julián Darío comentó su experiencia académica en la UTS: «En ese entonces, comencé mi primer semestre, y recuerdo muy bien que uno de mis docentes fue el actual decano, el contador Público Orlando Orduz. Desafortunadamente, en aquella oportunidad, no tomé un rumbo adecuado como estudiante. Nunca antes había probado el licor ni asistido a fiestas, y un día unos compañeros me invitaron a una discoteca, donde terminé embriagándome. Al día siguiente, no puede ir a trabajar debido a la resaca. El problema radicó en que me gustó el licor, y aunque el primer semestre estuvo bajo control, en el segundo semestre la situación ya se salió de las manos. Antes de entrar a clases, solíamos reunirnos un par de compañeros, en un establecimiento de aquella época, ubicado cerca de las Unidades, el cual era llamado "Tuki - Tuki", tomábamos algo y luego continuábamos a las aulas. A veces preferíamos no entrar».

Lamentablemente, las irregularidades en la cotidianidad de Julián Darío, le ocasionaron consecuencias negativas en su vida. Estas incluyeron la cancelación de sus estudios en el tercer semestre y dos años después, la pérdida de su trabajo debido a su bajo rendimiento. Sin embargo, la consecuencia fatídica, fue el inicio de las complicaciones diabéticas, que resultaron en una disminución de sus niveles visuales.

En los años siguientes, Julián Darío continuó llevando una vida similar, sin que su problemática afectara el desempeño en el campo de la contabilidad, ya que se

mostraba responsable en sus actividades laborales. Sin embargo, su falta de cuidado adecuado de la salud, sumada al impacto del consumo del alcohol, contribuyeron a empeorar su condición. Desde el año 2003, hasta el 2010, descuidó sus controles diabéticos al punto de sentir temor al momento de acudir al médico. Julián Darío comentó: "compraba insulina y un medidor de glucosa, me realizaba las pruebas de glucometría, automedicándome e inyectándome imprudentemente. Un día, al conducir mi motocicleta, estuve a punto de ser arrollado por un autobús al momento de salir de casa; en verdad no lo vi. En ese instante acepté que mi visión estaba afectada".

Lamentablemente, después de retornar a los chequeos médicos y asistir a varias consultas con el retinólogo, a Julián Darío se le diagnosticó, edema macular diabético (EMD), lo cual implicaba una complicación que causa inflamación y acumulación de líquido en las retinas. El especialista le comunicó la infortunada noticia, de que su visión se iría deteriorando gradualmente y que sería apropiado aprovechar el residuo visual que aún conservaba, para comenzar un proceso de adaptación a la ceguera.

Julián Darío comenzó a experimentar síntomas como visión distorsionada y borrosa, además de percibir sombras, contrastes y objetos como bultos, lo cual aumentó su preocupación. Ante esta situación crucial, buscó el apoyo y la orientación de profesionales.

En el año 2011, dio inicio al proceso de habilitación básica funcional para ciegos, en la Escuela Taller para Ciegos (ETACI), ubicada en la ciudad de Bucaramanga.

Durante aproximadamente dos años, Julián Darío se sometió a un proceso adaptativo. En primer lugar, recibió apoyo psicológico para aceptar su nueva realidad. La institución proporcionó capacitación integral en el

desarrollo de diferentes habilidades como orientación y movilidad con el bastón, estimulación y motricidad, el uso de tecnologías adaptadas para personas ciegas (tiflotecnología), el sistema de lectura y escritura braille, así como la aplicación de la herramienta de ábaco cerrado para realizar operaciones básicas de matemáticas, entre otras técnicas esenciales para quienes han perdido la visión.



Taller para ciegos pintando. Fotografía libre de internet.

Nuevamente Julián Darío aprovecharía las formaciones del SENA, para certificarse esta vez como teleoperador y masajista. Este nuevo rol de masajista le proporcionó algunas entradas económicas.

Las complicaciones derivadas de la diabetes de Julián Darío, no se limitaron solo a la visión, sino que también afectaron gravemente sus riñones. A partir del año 2014, decidió trasladarse a la ciudad de Cali para someterse a evaluaciones y prepararse mientras esperaba la donación de un posible trasplante renal. En junio de 2015, finalmente se llevó a cabo, un trasplante simultáneo de riñón y páncreas. La recuperación de esta intervención duró veintisiete días en UCI, trece días en hospitalización intermedia, y cuatro meses de reposo para evitar algún tipo de rechazo del injerto.

Julián Darío recordó: "Después de la cirugía, me enfoqué en mi recuperación, especialmente en asegurarme de que los trasplantes se adaptaran bien a mi

organismo, siguiendo todas las precauciones necesarias. Estaba prácticamente inmovilizado, con alimentación y deposición a través de sondas, por lo tanto, la visión pasó a un segundo plano, y me olvidé de todo lo relacionado con ella".

Una vez dado de alta del hospital, su madre lo acompañaba en Cali para brindarle los cuidados necesarios, en una etapa delicada y dependiente. Cuando pudo levantarse e intentar realizar actividades básicas por sí mismo, se dio cuenta de que no podía percibir sombras ni contrastes. En ese momento, se sentó en la cama y le dijo a su madre: "Mamá, ya no hay luz"; refiriéndose a que había perdido la visión por completo. Afortunadamente, Julián Darío había pasado por un adecuado proceso psicológico y lograba comprender que la pérdida de visión era irreversible. Por otro lado, los trasplantes tuvieron una adaptación exitosa es su organismo, y ya no tuvo que volver a aplicarse insulina.

En el año 2017, Julián Darío se motivó a retomar sus estudios de contabilidad, a pesar de su condición de discapacidad. Buscó diferentes alternativas, pero encontró que las universidades tenían muchas barreras en cuanto a la inclusión de personas ciegas. Fue entonces cuando decidió regresar a las Unidades Tecnológicas de Santander y se dirigió a la coordinación de Contaduría Pública. Julián Darío compartió su experiencia diciendo: «en la UTS fui recibido por el coordinador, Javier Vega. Le conté toda mi historia y él me escuchó atentamente. Cuando terminé, me dijo: "chino, ¿cómo va a estudiar contabilidad si usted no puede ver?". Le pregunté si podía hacer una prueba y él accedió. Le pedí que me facilitara un ordenador. El ordenador no tenía lector de pantalla ni software adaptado para ciegos. Abrí el programa Excel y el coordinador dio tres valores solicitándome el promedio, y yo le di el resultado exacto. En ese momento, el contador Javier Vega me dijo: "vaya

inscribese y cuenta con mi apoyo"».



Julián Darío en compañía del decano el contador público, Orlando Orduz. Fotografía 2023.

A partir del segundo semestre del año académico del 2017, Julián Darío comenzó clases como estudiante Uteísta. El decano actual, Orlando Orduz, al verlo como en las aulas, se le acercó y lo recordó desde el año 2003. En ese momento, Julián Darío encontró un nuevo aliado que lo apoyaría en su proceso de inclusión.

Aunque Julián Darío trabajaba en proyectos para enseñar a personas ciegas, a veces estos proyectos no eran constantes. Inicialmente, pagó su matrícula con sus propios medios económicos, pero en el segundo semestre académico, la UTS y la Gobernación de Santander le otorgaron la beca: "Generación Diamante para la Vulnerabilidad", debido a su destacado desempeño, con un promedio de notas superior a 4.5.

Julián Darío se esforzó por buscar autónomamente, las ayudas necesarias para comenzar su proceso de inclusión de manera adecuada. Cada vez que iniciaba una nueva materia, solicitaba a los profesores que le entregaran el material en formato digital, ya sea en PDF o Word, para poder utilizar algún software de lectores de pantalla. En las asignaturas relacionadas con las matemáticas, Julián abordaba a los profesores y les sugería que las clases fueran lo más descriptivas posibles,

utilizando un lenguaje claro y mencionando operaciones y variables en lugar de frases ambiguas. Además, dado que las matemáticas no son fácilmente accesibles para trabajar de forma digital en el caso de software para personas ciegas, propuso a los profesores que le evaluaran de manera cooperativa, permitiéndole demostrar su comprensión de los conceptos de manera alternativa.

Julián Darío, recopiló para su propio beneficio, todo lo referente con adaptaciones, estrategias, ajustes razonables y pedagogía. Desempeñó dos roles fundamentales: trabajar como tutor de estudiantes ciegos y ser estudiante de inclusión. De esta manera, tácticamente, guio a los docentes y los sensibilizó en este proceso. Aunque inicialmente fue un desafío para los profesores, ellos demostraron disposición y compromiso al flexibilizar sus clases, teniendo en cuenta la discapacidad visual del estudiante.

En concejo de docentes, se llegó un consenso para implementar pautas mínimas a tener en cuenta en el aprendizaje de Julián Darío. Estas pautas incluyeron tiempos de desarrollo más amplios para los parciales, reducción en la cantidad de ejercicios, y en algunos casos, se le entregaban las evaluaciones en formatos accesibles en una memoria con archivos de Excel o Word, para que respondiera adecuadamente. Incluso se le brindó la oportunidad de ser evaluado verbalmente cuando era necesario, o asignando un lector escritor como apoyo. Las tutorías extracurriculares brindadas por la institución y encabezadas por la Oficina de Desarrollo Académico (ODA), desempeñaron un papel importante en el refuerzo de las materias de cálculo y matemáticas financiera.

Gracias al esfuerzo conjunto de Julián y los docentes, se logró un ambiente más inclusivo en el entorno educativo, lo que permitió que Julián Darío pudiera aprender y progresar de manera satisfactoria. Además,

su experiencia y conocimiento, contribuyeron a generar un cambio positivo en la perspectiva de los profesores hacia la inclusión educativa de estudiantes Uteístas con discapacidad visual.



Julián Darío recibiendo su título como Tecnólogo en Contaduría Financiera. Fotografía 2023.

Julián Darío logró superar todas las adversidades y obtuvo su título como Tecnólogo en Contaduría Financiera en el año 2023. Se desempeña como docente, brindando su conocimiento y apoyo a niños y jóvenes con discapacidad visual en el municipio de Piedecuesta. Julián Darío no se conforma con los logros obtenidos hasta ahora, y se plantea un nuevo desafío: completar su formación profesional como contador público. Actualmente, está realizando todas las gestiones necesarias para continuar el ciclo profesional en el segundo periodo académico del presente año. Su determinación y perseverancia son verdaderamente inspiradores para todos aquellos que enfrentan obstáculos en su camino hacia el éxito.

Julián Darío expresa con satisfacción: "Aunque inicialmente la UTS no contaba con procesos de inclusión para personas ciegas en el programa de contabilidad, logramos encontrar a través de la búsqueda conjunta de soluciones, estrategias adecuadas que me permitieron cumplir el objetivo de culminar los estudios tecnológicos. Me siento muy a gusto y cuento con el respaldo total de la institución".



**Unidades\_UTS** 

**Unidades Tecnológicas  
De Santander**   


**Unidades\_UTS** 

**www.uts.edu.co** 